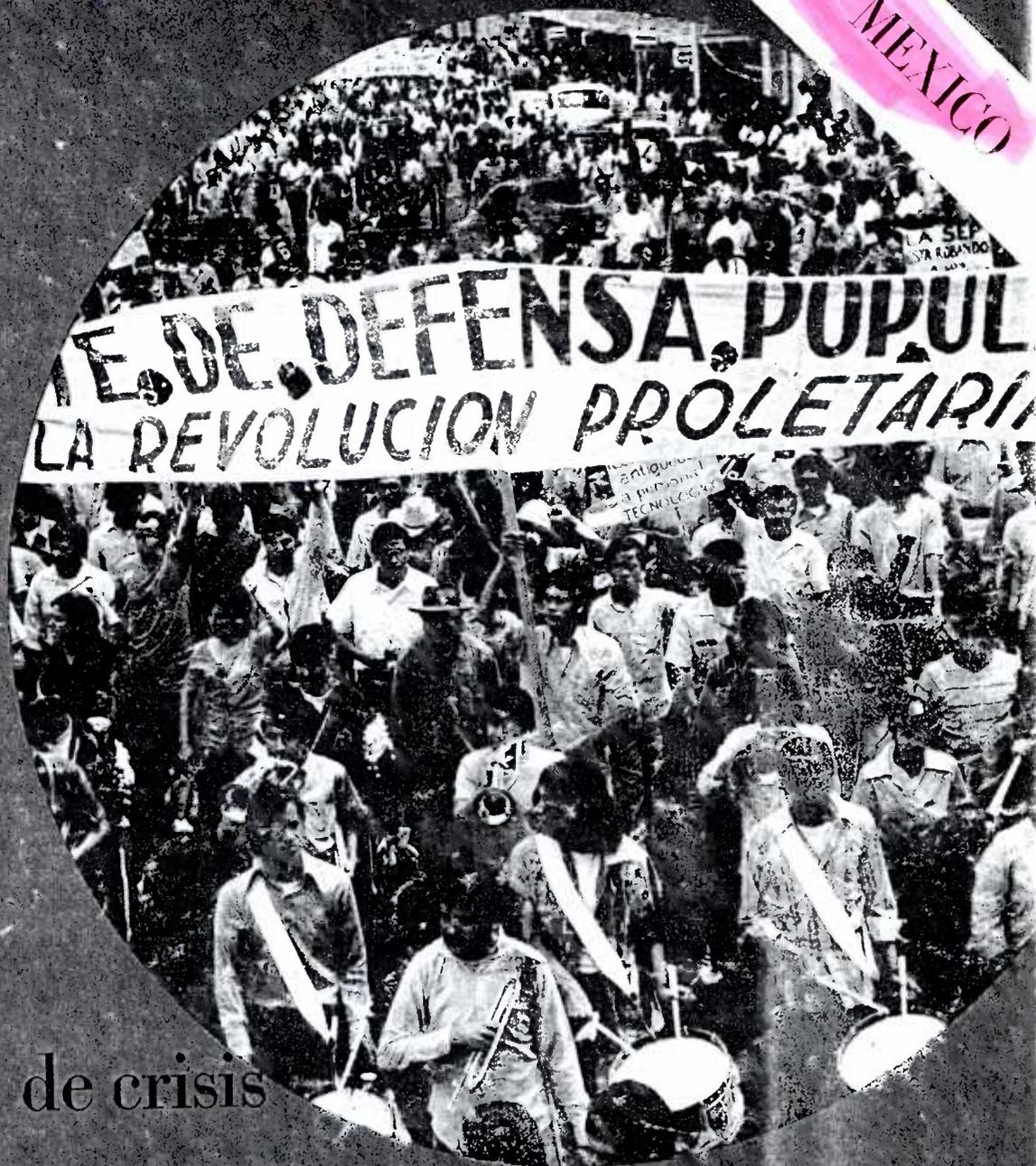


punto crítico

LA MUJER EN MEXICO

8

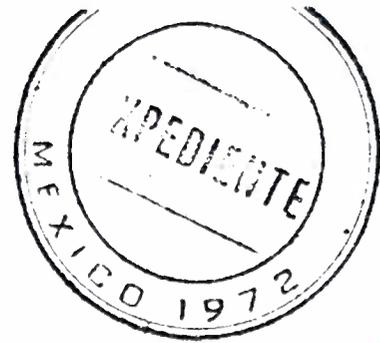


UNAM
Tiempo de crisis
Chihuahua 1972:
Una
experiencia de lucha popular

AÑO 1 AGOSTO 1972

\$4.00

PROGRAMA UNIVERSITARIO DE
ESTUDIOS DE GENERO - U.N.A.M.



01.07
M953e
953

01231



LA MUJER EN MEXICO

COORDINACION DE INVESTIGACIONES



Fil

- 1- Mujeres rurales
- 2- Trabajos domésticos - México
- 3- Condiciones socio-políticas
- 4- Salud
- 5- Educación

El gran aporte del movimiento de liberación de la mujer no es que haya resuelto los problemas, sino el haber propuesto nuevas formas de abordar el tema, sacando así la lucha de las mujeres de un callejón sin salida. Este trabajo se inscribe en esa tendencia y pretende abrir el debate sobre la situación de la mujer en México. Así, es más una aproximación al problema que un análisis exhaustivo.

"(...) De esta división original del trabajo nació una de las servidumbres más duraderas y menos estudiadas de la historia de México: la que unió a la mujer con el metate, el comal y la elaboración de la tortilla. Estas actividades mucho más penosas y exigentes que las del campo, determinaron por siglos el destino de la mujer, la encerraron en los límites de la cocina o de la casa y la convirtieron en el esclavo de la familia" (Florescano, 1971)

La historia de la mujer y de sus luchas está por descubrirse en México. La historia oficial se ha encargado de ignorar la participación de la mujer como grupo actuante. El heroísmo, la belleza o el talento son los únicos hechos que han ganado la aprobación de los historiadores.

La conjunción de la tradición oscurantista española con la sociedad paternalista indígena —donde la mujer sin embargo participaba en algunas de las principales actividades de la comunidad como la religión, el comercio y la política—, no fue muy favorable para ella. Vemos así que en los siglos de la colonia, las opciones de la mujer corresponderán a su estatus; como criolla tendrá las mismas de sus madres peninsulares: la casa o el claustro, y como mestiza o miembro de otra casta, estará marcada por su desarraigo a la comunidad indígena con su entrega física al conquistador. Este hecho al parecer la minimiza ante el hombre que, aunque sometido, no cargará con la culpa de ser el objeto a través del cual se consuma la conquista. De ahí pudo partir el culto y la explotación de su abnegación, su espíritu de sacrificio y condescendencia que produjo la minusvalía de la mujer en detrimento de sus posibilidades de decisión, de autodeterminación, de rebeldía y de fortaleza intelectual.

Acontecimientos como las rebeliones indígenas y mestizas contra el gobierno novohispano, rompen por momentos la regla, pues aunque la mujer no acompaña al hombre a la guerra, ésta tendrá que adoptar el papel de jefe de familia ya que las sublevaciones se resuelven con el práctico exterminio de los rebeldes. El levantamiento en el Istmo de Tehuantepec en 1660, uno de los más importantes de la época, pudo ser la razón por la cual la mujer indígena de la zona haya tomado el lugar de "opresora" que mantiene aún en la actualidad.

La guerra, paradójicamente, fue una solución transitoria para la mujer campesina. El fenómeno se repite a partir de 1821 cuando las levas o el trabajo forzado alejan al hombre de la familia y la mujer tiene oportunidad de "tomar su lugar" y realizar tareas distintas a las domésticas.

Así, los grupos mestizos pasan a ser posteriormente la base de la incipiente clase obrera, en cuyas luchas la mujer logra y ejercita una igualdad de trato en las sociedades mutualistas. Su participación en las huelgas durante el porfiriato es tan activa como la de sus compañeros, e incluso ellas dirigen algunas de las 35 que estallaron en la rama de la industria tabacalera. En 1881 las cigarreras de Veracruz inician una huelga para protestar por la baja de salarios y en su lucha son apoyadas por obreras de otras fábricas. Otra huelga estalla cuando el hijo de una de las obreras muere de inanición, las trabajadoras apedrean la fábrica y marchan hacia

Tlaxcala para apoyar otro movimiento iniciado también por mujeres que reclamaban mejores condiciones de trabajo.

¿Tengo que morir de hambre, entonces? ¿quién me hará las tortillas si no es mi mujer? Filadelfo.

Al iniciarse las luchas armadas a partir de 1910, la composición fundamentalmente campesina de los ejércitos hace que la participación de las luchadoras obreras y las campesinas sea distinta. Las primeras se incorporarán a las movilizaciones como combatientes, dada su experiencia en la lucha social. Las campesinas se incorporarán a través de sus hombres cargando a cuestras niños y metate. Parían en el campo, caminaban a pie tras las caballerías y demostraban una fortaleza por lo menos igual a la del hombre. Ignoramos de donde surgió el mito de la "debilidad" femenina que los legisladores de 1917 se encargaron de traducir en leyes que por proteccionistas resultaron discriminatorias para la mujer, pues en vez de reconocerse la obligación de otorgarle prestaciones por la maternidad se le excluyó de cientos de trabajos marcando con esto una diferencia que repercutió más adelante en su participación dentro de los sindicatos.

Veamos también como se fundamentó en el Constituyente la negativa para otorgarle el voto a la mujer: "El hecho de que algunas mujeres excepcionales tengan las condiciones necesarias para ejercer satisfactoriamente los derechos políticos, no funda la conclusión de que éstos deban concederse a la mujer como clase (?). La dificultad de hacer la selección autoriza la negativa".

Esas medidas reflejan la posición del grupo carrancista, facción triunfante en la guerra civil, que pretendió ignorar así la participación que dentro de sus filas tuvieron grupos de mujeres como las obreras de la fábrica textil La Perfeccionada, las de los talleres de El Palacio de Hierro y otros grupos de mujeres que se integraron a los "Batallones Rojos". También hubo dentro del ejército de Carranza mujeres que ocuparon rangos como Ramona Flores, jefa del Estado Mayor de un general constitucionalista de Tepic, que había armado un regimiento con el legado de su marido después de que éste murió en la rebelión maderista. El caso no es excepcional pues hubo muchas otras mujeres que obtuvieron el rango de coronelas por acciones de armas. Tampoco se tomó en cuenta la participación de las enfermeras que atendían los hospitales militares, las estudiantes de las normales que organizaban mítines en las ciudades para llamar al pueblo a las armas, etc.

En las filas zapatistas, dice Eric Wolf, "había entre los líderes tanto mujeres como hombres, coronelas al igual que coronelas", afirmación que por desgracia no corresponde con los estudios más exhaustivos del zapatismo. No obstante, por lo menos en Puente de Ixtla, "las viudas, las esposas, las hijas y las hermanas de los rebeldes formaron su propio batallón y se rebelaron para 'vengar a los muertos' al mando de una fornida ex-tortillera llamada 'La China'". (Womack, p. 167).

Dos décadas de auge

Pero aparte de la motivación clasista o el espíritu vengador, no se encuentra a lo largo de las luchas sociales en México, movimientos en donde la mujer plantee problemas específicos a su condición como sexo. Es hasta 1906 —tarde en relación con otros países— cuando se crea la primera organización feminista: las "Admiradoras de Juárez", que tenía como objetivo difundir ideas sobre la emancipación de la mujer, y cuya actuación encontró en la "intelligenzia" porfiriana a sus más tercos adversarios.

Ya para 1916 se había desarrollado en algunos grupos de mujeres una conciencia más clara de su situación como mujeres, y con quienes promueven el Primer Congreso Feminista



igualdad de derechos políticos y sociales...

que se realizó en Mérida es mismo año. En la convocatoria se abordó el problema de la mujer sujeta al hogar y a las tradiciones y se considera irrelevante e ilusoria la concesión de derechos si esta no se "liberta y educa" y "concorre ella misma con sus energías e iniciativas a reclamar derechos".

Este Congreso inaugura una época de participación activa de la mujer; discute sus problemas y hace demandas que salen de los marcos tradicionales, aunque siempre enfrentada a la tenaz oposición de quienes controlaban en aquellos momentos el poder. Tanto Carranza como Obregón y Calles frenaron a la vez el ascenso del movimiento obrero y la lucha de la mujer por emanciparse.

Esta época se prolonga hasta 1937, año en que Cárdenas envía a las Cámaras un proyecto de la ley donde se concede el voto a la mujer. (Que fue aprobado por ambas Cámaras sin que las mujeres pasaran al ejercicio de ese "derecho" sino hasta 1955). De 1916 a 1937, la ciudad de México y otras capitales de provincia fueron el escenario de varios congresos de mujeres que demostraron el auge de su participación y su interés por ligar sus problemas específicos con la lucha social. En 1910 se efectúa en Veracruz un Congreso magisterial que se convierte en foro de análisis de esos problemas. En 1920, en la Ciudad de México tiene lugar el Congreso de Obreras y Campesinas en donde se demandan implementos de labranza y dotación de parcelas para las campesinas. En 1923 se efectúa también en la capital el Primer Congreso Feminista de la Liga Panamericana de Mujeres en donde los principales temas tratados fueron: "Control de la Natalidad", "Derechos Políticos y Sociales de la Mujer Mexicana" y "Amor Libre". En todo el país, amas de casa y obreras, universitarias y campesinas luchan abiertamente por su liberación.

En 1931 se realiza el Segundo Congreso Nacional de Obre-

ras y Campesinas en donde se insiste en la dotación de parcelas para las campesinas, la igualdad en la lucha sindical, la ampliación de la educación popular como único medio para que la mujer salga del hogar y se dedique a otras actividades y la igualdad de derechos tanto sociales como políticos.

"¿Qué aspiración máxima tiene la mujer mexicana sino alcanzar que sus hijos, sus esposos, sus hermanos, sean 'personas'?. " Agustín Yáñez.

Las movilizaciones posteriores de las mujeres empezaron a centrarse en la cuestión del voto, decayendo con esto su empuje y agresividad. La concesión de puestos públicos y de "representación popular" para algunas mujeres destacadas cumplió la tarea de mediatizar la lucha que se había propuesto metas más avanzadas. Los partidos políticos nacionales integran a las mujeres dentro de los comités de "acción femenil", creando con esto la ilusión de una verdadera participación. Los partidos de izquierda consideran también como una cuestión irrelevante la discusión de la problemática de la mujer y las organizaciones de mujeres que se crean paralelas a estos partidos no intentan siquiera profundizar en este aspecto. Sus actividades son esporádicas y se centran generalmente en "representar" a las mujeres mexicanas en diversos foros internacionales.

El resto de las organizaciones femeninas encuadran perfectamente con la ideología vigente de la mujer; son las Alianzas, Clubes y Cuerpos de Voluntarias dedicadas a las obras de caridad", a proporcionar consejos sobre crianza de niños, modas y a la "defensa de las madres y niños desamparados".

¿Resurgimiento de la Mestiza?

Hace apenas unos días (Últimas Noticias, agosto 2 de 1972) las mujeres de Papalotla, Tlaxcala, dejaron sus ocupaciones rutinarias y decidieron luchar contra la imposición de un presidente municipal. Tomaron el edificio del ayuntamiento, construyeron barricadas y se enfrentaron a pedradas con la policía. Secuestraron a un agente y volcaron e incendiaron su automóvil. Al igual que sus hermanas, las cigarrerías y textiles de Puebla y Veracruz casi un siglo atrás, decidieron poner en entredicho, las "virtudes" con que se insiste adornar a la mujer.

"... Procrear, desgranar el maíz, cuidar los niños y los animales domésticos, moler el maíz, fabricar el vestido familiar, hacer las tortillas recoger la leña, llevar el alimento a la milpa y preparar otra vez la leña y el agua para cocer el maíz, tales fueron por siglos y cotidianamente las tareas de la mujer, gran pilar y estabilizadora de la economía campesina." (E. Florescano, 1971)



encadenadas a la biología.

La gran mayoría del campesinado, el 75%, vive de la agricultura de subsistencia, ya sea como minifundistas, ejidatarios o jornaleros. Este tipo de agricultura tiene como fundamento el trabajo familiar. La familia campesina tiene, por esta razón, un carácter especial como unidad productiva que no comparte con las demás clases en la sociedad capitalista. Integrar una familia es, para el campesino, una necesidad vital. La mujer campesina, aunque tenga labores especiales del hogar de trascendencia fundamental, también desempeña trabajos en el campo, sobre todo en tiempo de siembra y cosecha. Al lado de estos trabajos produce artículos de artesanía cuya venta complementa el ingreso monetario de la familia o la hija produce un sueldo como sirvienta en la ciudad. Así, desde el punto de vista productivo, la mujer tiene tanta importancia como el hombre en el campo. Su innegable discriminación difícilmente puede explicarse como surgida de una base económica.

La división del trabajo le da a la mujer una función económica importante pero al mismo tiempo la hace depender de la familia, que tiene como jefe al hombre. Al modernizarse la agricultura, o al integrarse el campesino a la economía como asalariado, la mujer se va marginando en el proceso productivo, ya que su papel se reduce sólo a los trabajos del hogar y a la crianza de los niños. Es mucho menos fre-

cuente que la mujer con niños se emplee como asalariada. Cuando la hace generalmente es en trabajos temporales, como piza de algodón, tabaco, café y cacao, sin contrato y con jornadas agotadoras.

Así, en la misma medida que la familia pierde importancia económicamente la mujer lo hace. La dialéctica de la situación la perjudica. Cuando su papel productivo tiene importancia, su independencia está limitada por la organización del trabajo que la imposibilita para romper con la dominación del hombre dentro de la estructura familiar. Cuando la familia se debilita, la mujer pierde su papel económico y con él la base misma de su independencia. Esta dinámica aparentemente presenta un obstáculo invencible a la liberación de la mujer campesina. Pero es más aparente que real. La colectivización de la tierra puede dar origen a un nuevo tipo de división del trabajo en el cual las dependencias familiares dejen de ser determinantes y la mujer pueda participar, creándose una base económica para su igualdad con los demás miembros del grupo. La colectivización también facilita, al romper con una serie de valores individualistas, la socialización de los trabajos que tradicionalmente la mujer ha hecho. La preparación de alimentos y la crianza de los niños pasan a ser responsabilidades de la comunidad y no de la familia. Pero hay que tener muy claro que el solo hecho de colectivizar la tierra no lleva consigo mecánicamente los cambios señalados. La operación de la mujer tiene raíces más profundas y está también condicionada por otros factores.

Pues te corre o te pega si no tienes hijos

La mujer del campo vive, de hecho, en la era pre-anticonceptiva. Es esclava completa de su biología. Físicamente se desgasta con embarazos numerosos y largos períodos de lactancia. Este desgaste se agrava por la mala alimentación que tiene. Dentro de la familia ella es la persona que come peor. La deficiencia de proteínas a veces se compensa con carbohidratos que solo la engorda, y su apariencia oculta su verdadera situación de malnutrición y debilitamiento. Pero sería una simplificación adscribir los continuos embarazos a la biología incontrolable, pues las mujeres de todas culturas han inventado medidas anticonceptivas más o menos eficaces.

Aquí, se conjugan factores psicológicos, sociales y económicos. Una de las afirmaciones del hombre es tener muchos hijos como muestras vivas de su masculinidad, y esta actitud se ha generalizado en una norma social que las mismas mujeres aceptan. Los hijos también representan la trascendencia, tanto de la mujer como del hombre. El origen de este concepto que surgió para garantizar la propiedad privada, se ocultó en creencias religiosas y ahora existe como un valor firmemente internalizado, aún dentro de las clases desposeídas.

El no embarazarse es una tragedia para la mujer y entre ellas existe la convicción de que el tener hijos, sobre todo varones, es parte de la "salvación", expresión que aparentemente es religiosa, pero que más bien se refiere a la aceptación social.

El sentimiento del hombre frente al embarazo de su mujer es ambiguo. Las golpizas sistemáticas de la mujer preñada es una práctica extendida no solo entre los campesinos. Es parte de la violencia familiar, una violencia que es el efecto de la violencia institucional cotidiana que vive el campesino. A él se le controla con violencia y él, encarnando la autoridad dentro de la familia, pone en "su lugar" a su mujer de la misma manera.

Aparte de la psico-sociología de la procreación, los hijos son importantes dentro de la producción familiar y comienzan desde temprana edad a participar en las labores de la casa y el campo. Pero tampoco este aspecto carece de contradicciones. Muchos hijos significan una carga sobre los raquíticos recursos de la familia. Las campesinas nos insisten: "Si no

tenemos para los que tenemos ¿cómo vamos a tener para el que viene? Lo único que pasa es que se me muere otro."

Lejos de ser un acto voluntario, el tener hijos es para la mujer campesina una predestinación biológica, social, psicológica y económica. Llena de presiones y contradicciones que, al fin de cuentas, viene a inmovilizarla y a ocuparla durante 20 o 25 años de su vida. Para poder explicar la subyugación de la mujer campesina es clave entender esta conglomeración de factores que, objetivamente, la debilita, la hace dependiente y que, subjetivamente, la convence de que su función primordial es la maternidad y que tiene que aceptarla sin oponerse. No obstante, hay relaciones espontáneas contra los embarazos perpetuos. El aborto provocado de una o otra manera seguramente es más común de lo que se piensa. La problemática de la mujer en la procreación no se resuelve con poner a su alcance anti-conceptivos, aunque ésta sea una demanda evidente, sino a través de su toma de conciencia de la servidumbre que sufre originada en la misma maternidad.

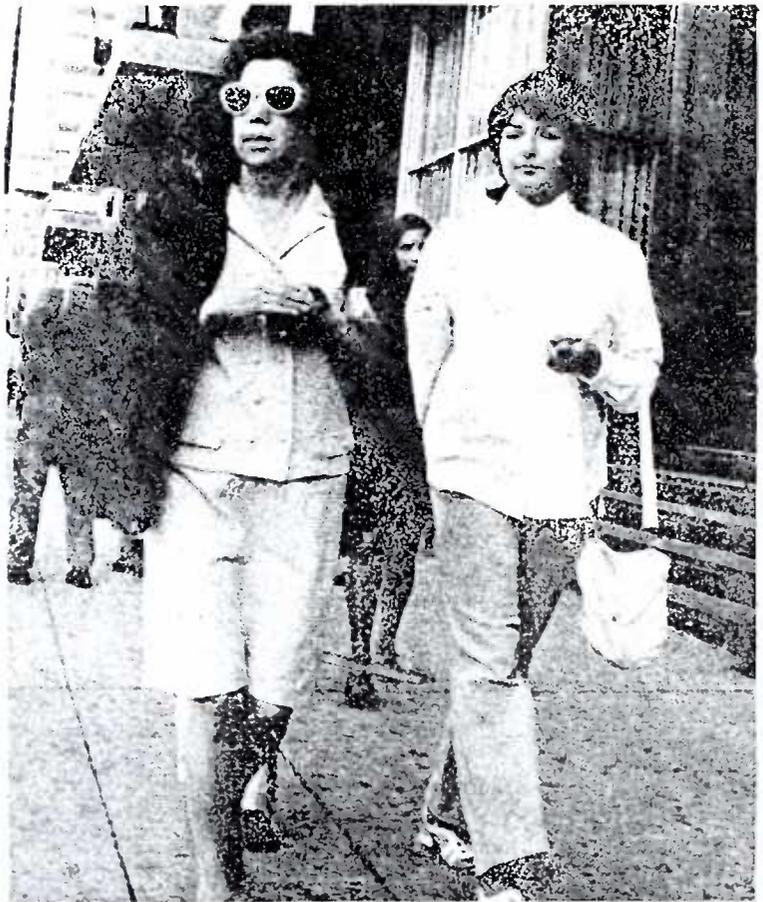
Pa' que vas a la escuela. . .

Una de las funciones de la familia es educar a los niños, inculcar en ellos los papeles sociales. La educación familiar tiene más importancia en el campesinado que en las sociedades urbanas donde la educación escolar está encaminada a las exigencias de la sociedad industrial. El campesino aprende su oficio, no en la escuela, sino en el campo y en el hogar. Esto significa que el padre y la madre comparten un poco más equitativamente las tareas educativas que en otras clases sociales. No obstante, el papel de la mujer es más importante que el del hombre. No solamente ella se encarga del cuidado de los niños pequeños, sino también tiene la responsabilidad de ellos en última instancia. El hombre puede dejar a la familia, física y económicamente, sin provocar gran escándalo. Una mujer que hace lo mismo está considerada como desnaturalizada e inhumana. Es, en otras palabras, aceptado como parte misma de la naturaleza femenina educar y cuidar a los niños, cuando no es más que un arreglo social que no tiene nada de natural.

Lo dicho es en términos generales válido para las mujeres de todas clases sociales. No obstante entre las clases urbanas la responsabilidad de la educación se ha desplazado en mayor grado a la sociedad, abriendo la precondición a la mujer para dedicarse a otras actividades. Para las campesinas en su gran mayoría la precondición no existe. La disposición de la ley de reforma agraria sobre granjas de explotación colectiva y guarderías está lejos de ser una realidad.

. . . Si un día un hombre te viene a llevar.

La sexualidad está, para las mujeres, íntimamente ligada pa' que vas a la escuela. . .



si un día un hombre te lleva. . .

a la procreación, pero también con pasividad y violencia. Una vez casada, sea por unión libre, ley o la iglesia, la mujer está vigilada por el hombre, la familia y el pueblo. El solo hecho de dirigir la palabra a otro hombre en la calle le cuesta caro. En fuerte contraste con la situación confinada de la mujer, el hombre, como regla general, tiene relaciones sexuales con otras mujeres. Un estudio de ejidatarios de Veracruz encontró que 97% de los hombres tenían relaciones extramaritales y solo el 2% de las mujeres.

Las prostitutas juegan un papel clave para resolver esta aparente contradicción en la vida de la comunidad. Funcionan como válvula de escape, que previene la ruptura del núcleo familiar. Las cantinas, centros sociales del mundo del hombre, son al mismo tiempo prostibulos improvisados. Visto en este contexto, la prohibición de entrada a las mujeres no es nada más un proteccionismo paternalista, sino que evita confrontaciones destabilizadoras.

"Los trabajadores domésticos deberán disfrutar de reposo suficiente para tomar sus alimentos y de descanso durante la noche." Artículo 333 Ley Federal del Trabajo.

La vida de estas mujeres es, pues, trabajo; una existencia al servicio de otros. Es la expresión más sistemática de lo que es la ocupación principal de las mujeres en general. Es la servidumbre de la cocina, del lavadero y del cuidado de los niños. Resulta muy significativo que los legisladores se olviden de horarios fijos, vacaciones y otras garantías laborales. Se acepta completamente el que alguien tenga que servir a la familia, tenga que renunciar a su desarrollo personal, y encarnar la abnegación.

Este tipo de trabajo asalariado está condicionado por la

abundancia de mano de obra femenina barata. Ocuparlas resuelve el problema explosivo de la llegada masiva de mujeres a un mercado de trabajo raquítico. Establece la explotación entre mujeres y pospone la necesidad de racionalizar las tareas domésticas. Aparentemente libera a las patronas de las labores de la casa pero en la realidad ellas únicamente se vuelven supervisoras del trabajo doméstico y siguen estando atadas al hogar.

Las muchachas jóvenes que llegan a la ciudad entran en una relación de extrema dependencia con respecto a los patronos, lo cual no se distingue mucho de la esclavitud. Tienen que pedir permiso para salir de la casa aún para ir a la escuela. Dispersas en cientos de miles de lugares de trabajo, es difícil que se organicen. Muchas veces sienten mas lealtad con sus empleadoras que con las otras empleadas y se pelean por el reconocimiento de aquellas.

Los contactos sociales de las trabajadoras domésticas están circunscritos a las pláticas en la puerta que llevan a relaciones en parques, hoteluchos, terrenos baldíos, pues el espacio que se les asigna en la casa que sirve es sólo para descansar unas horas. De estas relaciones resultan muchos abortos que se practican en condiciones igualmente inhumanas. Muchas se casan o consiguen otro empleo pero un gran número se queda toda su vida como "empleada de confianza".

Su relación con los niños de la familia es doble: los aman y son amadas, pero al mismo tiempo los niños desde temprana edad toman como cosa natural el mandar a otra gente. Aprenden que el mundo está dividido entre los que dan órdenes y los que las obedecen.

El trabajo doméstico asalariado es dañino desde todos puntos de vista. Da lugar a una explotación extrema de las sirvientas y pospone la socialización de las tareas del hogar, una necesidad para acabar con la servidumbre de todas las mujeres. No se demandan ni se crean guarderías con personal competente donde los niños se eduquen y conviven con otros niños de su edad. Tampoco se demandan comedores públicos para abolir la irracionalidad del enorme trabajo que representa el preparar la comida en cada casa, y a veces, a horas distintas para cada miembro de la familia.

La obrera

Si la división del trabajo está dada en términos de enajenación y explotación para los hombres en general, para la mujer trabajadora esta situación se agudiza.

Primero, no tiene oportunidad de escoger si quiere o no trabajar, como sucede con las mujeres de clase media y alta. En cambio para ella, encontrar trabajo se vuelve más apremiante a medida que su categoría ocupacional descende; queda también descartado el que escoja dónde o en qué quiere trabajar. Así en el servicio doméstico y otros servicios afines laboran 1,058,654 mujeres, mientras que en la industria 485,181 y 334,452 en el comercio (censo de 1970).

Segundo, la mujer sigue soportando los estereotipos del empresario y de la sociedad, quienes la siguen definiendo como el ser "hecho" para dar a luz, y no como alguien que puede dar a luz. De esto surgen reticencias para contratarla por los gastos sociales que supone. Existe un doble juego entre la "función enaltecedora de la maternidad" por un lado, y las barreras de mercado por el otro. Por un hecho episódico —la maternidad— la mujer soporta el ser relegada al trabajo más monótono y mal pagado, si consigue que la contraten. El empresario considera su estancia en el trabajo como temporal, por lo que difícilmente se abocará a entrenarla para ocupar puestos de responsabilidad mejor pagados. En una encuesta efectuada por el Departamento de Estadísticas Económicas y Sociales Básicas en diversos distritos industriales del D. F., Guadalajara, Monterrey, Puebla, Torreón, la diferencia promedio de salarios entre hombres y mujeres variaba entre un

5 a un 40%; y solo en el caso de la loza, las mujeres ganaban un 2% más. Los empresarios demandan mujeres donde el "carácter femenino" es importante: dentro de la industria de transformación se encuentran en la rama electrónica, donde se necesita de paciencia y manos delicadas para ensamblar cuidadosamente; en la industria alimenticia y en la fabricación y hechura de prendas y ropa. La relación es obvia. Por otro lado, cuando en una ocupación la mayoría la constituyen mujeres, los salarios bajan y empeoran las condiciones laborales esto es manifiesto en la rama de la costura. El caso más reciente fue el de las 433 fábricas de ropa que cerraron el año pasado de las cuales solo abrieron 297 de nuevo este año y las otras pasaron a funcionar como talleres clandestinos repartiendo el trabajo a domicilio (Excelsior, julio 21, 1972). La protección laboral que se ejerce sobre la mujer trabajadora mas que beneficiarla, la aparta del mercado de trabajo,



lavar, planchar y cuidar niños...

como en el caso del despido en varias industrias al implantarse la ley de trabajo en 1969. Si un trabajo es peligroso o insalubre para una mujer, ¿no lo es también para un hombre? En un país capitalista dependiente como el nuestro, cuando alguien tiene algo que ofrecer al sistema, éste lo aprovecha y se desentiende de las consecuencias.

No tengo tiempo, no tengo tiempo.

Tercero, en casa queda el otro trabajo, el no remunerado y que nunca se acaba. Dependiendo del número de hijos, la obrera trabaja de 80 a 100 horas semanales; por supuesto que el hombre no participa de estas tareas domésticas, pero sí la asedia y le preocupa la posibilidad de promiscuidad de su mujer en la fábrica o taller. La obrera afronta sola el cuidado de los niños y la casa y las condiciones de su trabajo poco reconocido ya que aún el trabajo asalariado que realiza no está en función de su condición de mujer sino en función de la necesidad y del interés del sistema.

Cuarto, las organizaciones que la han agrupado, por lo general la manipulan. A lo mas plantean una lucha por los derechos laborales y políticos de la mujer, muchos de ellos ya en el papel, pero sin posibilidad de que los integre a su vida diaria. A menos que la obrera reconozca como vitales las proposiciones de la lucha, su participación va a ser marginal. Por un lado le falta tiempo, por otro, interés. Las mismas mujeres han reducido su lucha a lograr un mejoramiento de salarios y mejores prestaciones, una lucha cuantitativa, olvidando que la miseria y privaciones del trabajo

enajenado no se resuelven con más dinero sino con el cambio de la naturaleza del trabajo. El problema es cómo pueden engranarse estos descuentos y pasar de ser problemas individuales a conflictos sociales. Mientras el trabajo siga planteándose en términos del deber, sacrificio o del capital, el panorama cambiará poco. Pues además de la realidad económica están las necesidades psicosexuales y una es tan importante como la otra, aunque a estas últimas se les niegue carácter histórico.

En general la debilidad de la conciencia de lucha y las limitaciones sociales y económicas han hecho que las mujeres permanezcan manejadas por formas autoritarias y ahora solo ellas, colectivamente, pueden ayudarse. Cuando entiendan cómo su vida diaria sostiene a quienes la manipulan y beneficia al sistema que las oprime, habrá posibilidades de que participen realmente en su liberación. Cuando se den cuenta del mayor desgaste que soportan dada la división de tareas por "papeles sexuales"; cuando vean hasta dónde son ellas responsables del núcleo familiar, elemento estabilizador y unidad de consumo de una sociedad opresora; cuando sean conscientes de que reproducen la futura fuerza de trabajo y ello es pretexto de despidos y relegamiento; cuando vean el acceso discriminado que tienen a la educación y reaccionen ante el régimen de conformismo donde han crecido, en el que los hombres pueden abandonarlas, explotar su sexualidad o ejercer violencia física y quedar impunes socialmente; y por último cuando reflexionen que su espíritu de servicio y gran abnegación sólo conforma machitos, entonces, las mujeres recobrarán conciencia de lucha radical y no tan solo reivindicadora.

Donde los trabajadores se sienten dueños.

Si la sexualidad de la obrera se puede expresar más espontáneamente que la de la mujer de clase media, que espera un paquete de ofertas para darse, de cualquier manera la relación se establece en función de cómo los hombres la definen y limitan. En este campo los trabajadores se sienten los amos y enajenan una característica humana convirtiéndola en propiedad privada—virginidad— o en bien explotable a voluntad—violencia física, gratificación sexual unilateral, disponer del cuerpo de ella como muestra de su "masculinidad". "Conservar dentro del mundo de las mujeres lo que el mundo del trabajo les quita: una última y precaria, aunque temible superioridad". () Y precisamente este desahogo hace que el descontento no se canalice hacia donde se debe—en contra del sistema. Hay que eliminar válvulas de escape. La clase ~~oprimida~~ necesita apropiarse de los medios de producción para eliminar la situación de privilegio de unos cuantos y las mujeres deben apropiarse de su identidad y de los medios de reproducción para eliminar los privilegios de un sexo y llegar a la liberación total: la abolición de la explotación del trabajo y del sexo. Plantear la vida sexual como un elemento importante en la lucha es indispensable si se quiere acabar de raíz con los elementos de dominación.)

El ama de casa de los sectores populares

La esposa del trabajador se encuentra en una situación de mayor dependencia que la obrera o campesina, ya que tiene menos posibilidades de intercambiar funciones entre el hombre y ella. Estas mujeres que no tienen empleo fuera del hogar dedican más o menos 80 horas semanales al trabajo doméstico, es decir tanto como la que va a la fábrica. La simultaneidad de diversas ocupaciones, su discordancia y el poco valor que se le adjudica, hacen que este trabajo sea más penoso física y psicológicamente que el de la industria o el taller. Ella además es responsable de administrar el bajo ingreso del hombre, salario que en efecto compra la fuerza de trabajo de dos personas. En condiciones de miseria terri-

ble e inhumana están la mujer y los niños del desocupado, del subempleado y la que ha sido abandonada, sean las del campo (marías) o las de la ciudad (lavanderas, vendedoras ambulantes etcétera).

Dos pesos por un vestido

Uno de los trabajos donde la explotación es más abierta, es en el trabajo a domicilio. La reglamentación es deficiente o difícilmente se aplica. Las obreras tienen que aceptar esas irregularidades, no las ignoran, pero sus necesidades son más apremiantes. El aislamiento tampoco las ayuda a organizarse pues sólo tienen relación con el patrón.

Teniendo el trabajo en casa, habrán de convertir su habitación, que invariablemente es pequeña, en taller, además de que serán ellas las que aportan los instrumentos de trabajo y contando con un equipo modesto y niños y marido alrededor, su rendimiento no puede menos que ser bajo, por lo que tiene que trabajar más horas para sacar lo que haría en un taller en 8 horas. La familia resiente más su pesado trabajo: menor espacio vital; responsabilidades para la hija mayor, quien muchas veces es sólo un niño; tensiones e inseguridad por la mercancía que se acumula, etcétera. El empresario en cambio, no tiene gastos de instalación o equipo, por lo general paga menos que el salario mínimo y por tanto fija precios de competencia con los talleres que funcionan dentro de la ley.

El trabajo a domicilio devalora en grado extremo a la trabajadora. Su opresión es total y la comparte con toda la familia. Su contacto con el mundo exterior es mínimo aunque tiene a la mano todas las radionovelas.

La rubia de categoría

En el ambiente de la clase media es donde más se palpa el hecho de que el mundo es de los hombres. A las mujeres se les relega a *medias*, cuentan con cierta movilidad: no se dedican por completo al quehacer doméstico, tienen acceso al control natal, pueden trabajar, pero quizá como ninguna otra, está expuesta a las normas de la ideología dominante. Esta coerción se mistifica y la comparten los dos sexos.

En México, con una distribución del ingreso tan desigual, la clase media tiene un papel clave como consumidora. Recientemente creada y sin raíces ni historia, es víctima fácil de la propaganda comercial y de la imagen del éxito. El hombre inseguro de sí mismo, se expresa a través de sus pertenencias: su mujer, sus niños su coche, su casa. Junto con la sustitución de importaciones floreció la importación de valores: la rubia esbelta que todos quieren. Por supuesto debe ser joven; atrevida, pero virgen; culta, pero sin ambiciones intelectuales; moderna, pero respetuosa a valores tradicionales; fiel, pero "comprensiva". Y a esta imagen que el hombre tiene y que el medio propaga, ella trata de acercarse.

Desde la niñez aprende que el único fin decente al que puede y debe aspirar es casarse. Por eso no se pone tanto énfasis en su entrenamiento como sucede con los niños. El espíritu de servicio y la posición pasiva serán explotados posteriormente. Se le encamina a profesiones y trabajos en los que fácilmente se le puede reponer y que el hombre no quiere hacer: secretaria, perforista, enfermera, maestra, cajera, etcétera. El trabajo se le presenta como temporal pues pronto se casará. Así, la situación en el trabajo en el que por un lado difícilmente desarrolla una actividad creadora o de toma de decisiones y en la que por el otro tiene un panorama muy limitado. ¿O es que se ha dado el caso que una ayudante de contador se convierta en la presidenta de la empresa? Preferirá el matrimonio como salida a este callejón.

Si continúa trabajando después de casarse, su ocupación no es el centro de interés, por lo general complementa el in-



greso familiar, y la familia siempre viene en primer lugar. El trabajo del hombre sí adquiere valor: hasta ella funciona alrededor de él. La ideología de la madre-esposa es tan fuerte y está tan hábilmente utilizada, que lo que pudiera ser un proceso de independización de las mujeres, está anulado.

Al encontrarse la demanda de mujeres en unas ramas y al haber un gran número de ellas preparadas para tales ocupaciones, los empresarios fijan condiciones discriminatorias y ellas deben aceptar estos criterios. El que una empleada de banco o una aeromoza se case o embarace, es motivo para que deje el puesto. Habiendo vivido a la sombra del hombre —padre, patrón o marido— educadas para servir con docilidad, carecen de conciencia para luchar no sólo por sus derechos laborales, sino por sus derechos globales.

Así, las mujeres de clase media se definen no tanto como productoras, sino como consumidoras. Es la alternativa que la sociedad les da y forma parte de la función específica que se les encomienda. Para alguien que se siente poca cosa, es muy importante tener muchas cosas.

¶ Su definición social como objeto también le impide realizar el papel que se le adscribe: el de esposa y madre. El placer sexual que fue condenado bajo formas más o menos sutiles e hipócritas —que la contracultura a ayudado a desenmascarar— es ahora permitido después de la lectura de la epístola, aunque a veces resulta imposible dado que la relación sexual entre dos seres desiguales tiene que tomar la forma de dominación-sumisión, conquista-pasividad. Su sexualidad fue negada para que aceptara el mito de la virginidad, negación que se continuará con la fidelidad en el matrimonio a fin de garantizar la estabilidad de la familia y asegurar la propiedad privada. El hombre, por su parte, ansioso de afirmar su virilidad, se lanzará a realizar nuevas conquistas.

En la educación de los niños, su necesidad de trascender, teñirá la relación con los mismos. Al sacrificar su desarrollo personal, impondrá a los hijos una relación cargada de opresión y de sentimientos de culpa. El 10 de Mayo, es el símbolo de este mito, donde se pagan las "deudas" de la vida de sacrificio y abnegación.

Dada su posición económica y acceso a la educación, muchas de estas mujeres llegan a cuestionar el papel tradicional que se les adjudica, pero la ausencia de un marco de referencia claro a propósito de su condición femenina y el trabajo, la sexualidad, la educación de los niños, la participación política, les crea un estado de confusión y frustración. Entonces optan por los patrones masculinos ya establecidos o bien se quedan con la "versión femenina" de afrontar las situaciones. Ninguna de las dos les confiere seguridad.

El capitalismo en vez de dar privilegios a las clases medias las ha degradado abyectamente. Emplea su capacidad para la abundancia y los hace cómplices de su propia opresión. Primeramente los transforma en un objeto para la venta en el mercado y después asimila lo que más desean a la cadena de artículos. Para la clase media y sobre todo para la mujer, no hay nada más opresivo que sus privilegios de hoy. Pestañas y peluca en mano debe analizar colectivamente su experiencia cotidiana, una vez conciente de las causas de su opresión, muchas de las cuales se encuentran en la estructura misma de la sociedad comprenderán que tienen en común con las clases trabajadoras el interés por destruir las bases de su miseria.

La mujer escaparate

La mujer burguesa pasa de ser un simple objeto a ser un objeto de lujo, una mercancía que se cotiza en el mercado del matrimonio. Puesto que el "buen apellido" y el dinero son condiciones dadas, el primer requisito que se pide es la belleza física. Y la belleza se consigue a cualquier precio: masajes, operaciones plásticas y guardarropa importado. Los vestidos o las joyas cumplen dos funciones: decorar y demostrar su estatus.

La apariencia de la burguesa es esencial para el hombre, pues ella es el escaparate de su riqueza, de su "éxito". La inteligencia es aceptada siempre y cuando que sea menor que la del marido y, en última instancia, ésta será otro adorno más de su persona.

Mientras consiguen marido, o los padres concertan uniones por interés —es muy común que los matrimonios sean uniones financieras o de negocios—, pueden asistir a las universidades privadas.

Después, las actividades sociales, culturales o caritativas, las determinará el círculo de las mujeres de los socios de su



marido. Ella se integrará a un grupo ya existente. Todo lo que ella haga será censurado por el marido e irá en función del prestigio de éste. La vida de la burguesa está marcada por una gran soledad, pues el vivir en función del hombre y su estatus le impide mantener relaciones amistosas y confiar en alguien. El consumo llena sus vidas; mientras el hombre se dedica a acumular capital ella lo exporta: lo mismo da un tapete persa que un lavabo de mármol que un vestido de la colección de Courrèges.

Considerata

En un país dependiente como México, las fuerzas productivas tienen un desarrollo desigual que implica la coexistencia de varias formas de producción bajo la hegemonía de la capitalista. Esto influye en la posición de la mujer y la distingue de la de las mujeres de la Metrópoli. El desarrollo tecnológico, la socialización de las fuerzas productivas que existen como *precondiciones* para la liberación de la mujer en los países industriales avanzados no están presentes en México de una manera universal.

Esto hace necesario plantear la lucha de las mujeres en forma distinta, en las diferentes clases, vinculada con las luchas de estas, pero sin subordinarla o posponerla.

La mujer tiene un doble motivo para ser revolucionaria, la razón de clase y la razón de sexo. Aparte de la explotación por clase existe una innegable opresión por sexo, no menos violenta en la sociedad machista. Esta opresión está impuesta sobre todo por normas ideológicas y ejecutada por los hombres con la complicidad del silencio de las mujeres. Canaliza el descontento hacia el núcleo familiar donde es mediatizado en vez de acumularse y tomar forma de lucha social, preserva la familia como estructura necesaria y estabilizadora de la sociedad capitalista, y convierte la mitad de los seres humanos en objetos de uso de la otra mitad.

Esta ideología sexista ha demostrado tener una fuerza imprevista ya que ha sobrevivido a la abolición de la propiedad privada en los países socialistas. Por este motivo es preciso analizar a fondo todos los elementos que la sostienen. Toca a las mujeres hacer la teoría de su opresión y encaminar la lucha hacia la liberación, primero, porque son los oprimidos los únicos que pueden tomar conciencia de su opresión y segundo, porque no será el hombre, que en esta sociedad tiene el papel de opresor, el más interesado en renunciar a sus supuestos privilegios.

El papel tradicional adscrito a la mujer es un arreglo social, tomado como natural, que tiene profundas consecuencias para ella. El cuidado de los niños la inmoviliza y circunscribe a un pequeño mundo familiar. La obliga a delegar actividades sociales políticas y económicas al hombre, cuya autoridad frente a ella se refuerza en la misma medida que él las ejerce. Como se prevee que las niñas van a dedicar gran parte de su vida al cuidado de los hijos y de su casa, no se considera importante el darles una educación comparable. La expresión más extrema de este hecho: hay 1.2 millones más de analfabetas mujeres que hombres en el país.

Normas tradicionales, religiosas y machistas prohíben a la mujer regular su procreación y les imponen un uso exhaustivo de su biología. La mexicana de más de treinta años tiene un promedio de 6.6 hijos. El argumento "radical" de que usar anticonceptivos es "hacerle el juego al imperialismo" no es más que una justificación masculina. La historia no nos muestra que haya una relación mecánica entre el número de habitantes por kilómetro cuadrado y la revolución.

La sexualidad, en vez de ser una actividad de verdadero placer y comunicación, fortalece las relaciones de dominación. La libertad gozada por el hombre en realidad no es tal, ya que se sustenta en la desigualdad. Las normas restrictivas

aplicadas a las mujeres imposibilitan una convivencia abierta entre los sexos y sellan definitivamente dos mundos aparte. Las prostitutas, finalmente, en su medio mundo, ayudan a perpetuar la organización sexual frustrante.

La explicación que se da por lo común a la desigualdad sexual es que la monogamia de la mujer es necesaria para garantizar la herencia del patrimonio. Sin esta garantía, la propiedad privada se volvería difusa. Pero es necesario profundizar más para explicar el problema de la "doble moralidad". En el mundo capitalista es fundamental para el campesino pobre y el trabajador tener algo que sea suyo: la familia y la mujer. Golpeado y explotado por las estructuras, su casa es su "reino" donde se refugia y la mujer y los hijos amortiguan las tensiones exteriores. Si su mujer tuviera otro hombre, cuestionaría la base misma de su seguridad y pondría en tela de juicio su masculinidad.

En contraste con otros grupos oprimidos, las mujeres vivimos dispersas, sin contacto profundo en la vida diaria. Asumimos que los problemas que afrontamos son personales y tienen una solución individual. Esto, y los celos y la competencia —otras de las actitudes que nos hemos impuesto—, son las razones principales por las que no hemos desarrollado una conciencia colectiva de nuestra opresión. Hasta ahora las mujeres inconformes con su situación han tratado de entrar al mundo de los hombres y algunas han tenido éxito, pero el hecho de que unos cuantos trabajadores se hayan vuelto capitalistas, no ha abolido la explotación, así como el hecho de haber astronautas mujeres no ha terminado con una sociedad sexista. Insistimos: o hay solución para todas las mujeres o no hay solución para ninguna. Eso presupone el cambio de estructuras, una lucha radical por cuanto se dirige a las raíces de la opresión.

Grupo de trabajo:

"Grupo 7"

fotos g. navarrete

